

Una conseja de amores
cuentan las noches calladas,
y al oírla, palidecen
las callejuelas de plata.

Cuentan que... cuentan... Los siglos
corrieron bajo las aguas
de las calladas estrellas
dos, tres veces, cuatro..., aguarda,
¡ya se ha perdido la cuenta!...

Dicen que fué una mañana,
una mañanita fría
con finas puntas de escarcha,
cuando floreció el prodigio
sobre la rubia fachada.

El caballero de fuego
por no abandonar su dama
cuando las nubes crueles
le envuelven en finas gasas,
se ha hecho piedra de silencio
sobre una mansión hidalga...
Los lebreles de la luna
con ocho bocas mojadas
de lluvia y misterio, quieren
apartarle de la que ama.
Pero el Sol se volvió piedra,
piedra brillante y dorada.
Y desde entonces, aquella,
la Casa del Sol se llama...

Revuelvan los cronicones
sabios de polvo y hazañas...
Ni una huella del secreto
encontraron en sus páginas...
Pero yo lo sé. Lo ha dicho
el viento en la madrugada...
Y las palomas que anidan
en las torres encantadas...

Por eso, como una rosa
fina en la piedra de llama,
está sangrando de amores
el Sol sobre la fachada.

VENTURA DURAN

DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

La Romería de Santa Olalla

(1912)

POR MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

ECOS de la guerra africana en las orillas del Kert; intentos de fundar un Ateneo; fin de la *Revista de Extremadura*; comienzo y suspensión de las obras del ferrocarril Cáceres-Trujillo-Logroñán; Carmen Andrés en *Variedades*; obligaciones hipotecarias, para terminar el nuevo teatro—que aún pasarían muchos años antes de terminarse—; baile infantil de máscaras en *La Concordia*; preliminares de la *Cantina Escolar*; otra caseta en *El Rodeo*, instalada por don Santos Floriano; comentarios a la Ley del Servicio Militar Obligatorio, a la muerte de la Infanta María Teresa y al asesinato de Canalejas; Vicente Pastor y *Mazantinito* en las corridas de Feria; cesión del Cerro de Peña Redonda, para hacer más casas baratas; eclipse parcial de sol—dijeron que no volvería a verse otro hasta 1999—; *Coso Blanco*; un toro de Trespacios, que se escapa durante la Feria; nacimiento de la sociedad deportiva *Sport Club de Cáceres*, para cultivo del «foot-ball» y el tenis; *Deseo de Amor*, primera novela de la poetisa Elisa Miura Pérez; *El Canto del Profeta*, libro de versos de Antonio Floriano; llegada del batallón de Gravelinas; comentarios en *La Crónica* y *Miau*, sobre los estrenos por las compañías de Beut, Comendador y Fernández Brocado de *Malvaloca* y *En Flandes se ha puesto el Sol*; reloj nuevo en la Torre de la Audiencia..., y lluvias, lluvias incesantes, temporales horribles, que arrasaron la provincia a lo largo del invierno. He aquí, en una rápida gacetilla, algunos rasgos salientes de 1912.

Para completar la visión del año cacereño, anotaremos dos nombres de dos personas destacadas que dejaron de existir: don Manuel Sánchez del Pozo, decano de los periodistas locales, con sus ochenta y cuatro años, y doña Petra Fernández Trejo, dama ciega, gran amante de la música, verdadera institución en la sociedad cacereña, que dejaba su casa y bienes para fundar el colegio de monjas de Cristo Rey.

El más saliente de todos los perfiles del año, que merece líneas aparte, fué la aviación. Por vez primera, como espectáculo de Feria, vióse un monoplano—entonces no se hablaba de aviones—, tripulado por el francés Henri Tisier, que rompió la virginidad en vuelos humanos de los aires cacereños. Dejemos comentar el suceso a un periódico local:

—«El festejo de la Feria—dice—ha sido la aviación... Tisier cumplió a maravillas su palabra... Cuatro veces se remontó por el aire en su monoplano, parecido a un enorme «cigarrón»... Subió sobre las

nubes y evolucionó a seiscientos y ochocientos metros de altura con la seguridad del águila, por encima de la ciudad, que cruzó a cien kilómetros por hora... En un vuelo sereno y rapidísimo volvió a tierra, entre la muchedumbre que le aclamaba llena de emoción y de asombro.»

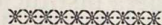
Menos afortunado al repetir su proeza un día después, chocó con un coche al despejar, quedándole inservible su monoplano, sin que ocurrieran desgracias personales.

Uno de los más decisivos pasos del progreso, paso vacilante aún, llegaba al Cáceres que todavía era relicario de viejas tradiciones, si bien «el pueblo — anotaba un periódico — antes tan apegado a lo viejo, a aquellas inocentes costumbres que sus abuelos le transmitieron, se va alejando de ellas...», abandona los festejos arcaicos y el *guarda-pies de guindas* y la *gargantilla* y el pañuelo de *sandía*, convirtiéndose las «campuzas» en artesanas y la artesana en señorita.

Eran los momentos de transición, de una transición lenta, en los que empezaba a interesar el anuncio en los periódicos locales de automóviles que hacían sesenta y cinco kilómetros por hora y costaban siete mil francos; pero en los que, salvo raras excepciones, por las calles seguían circulando los coches de mulas. Aún se escuchaba a diario el viejo pregón de «¡Arena fina del Tajooo...!», y aún se temía a los nocturnos fantasmas, las clásicas «marimantas», sin acabarse de convencer el vulgo de que aquellos seres vestidos de blancas sábanas no eran muertos, sino «vivos» que querían alejar a los transeúntes de los lugares de sus citas amorosas.

Porque se vivía entonces el ocaso del auge del tipismo y de la tradición, queremos recordar en este año la típica fiesta de Santa Olalla. Dióse la coincidencia de que el poseedor de tal condado había contraído un mes antes segundas nupcias, por lo que el festejo — que se celebró el 5 de Mayo — tuvo visos de renacimiento. Recordando el año aquel, escribimos mucho después, en el álbum de la hija de los actuales condes el romance que sigue — con el que queremos completar la evocación del 1912 —, que lleva por título el mismo que encabeza estas páginas:

LA ROMERÍA DE SANTA OLALLA



—«¡Madre, ya salen los carros que se van a Santa Olalla!», grita un chiquillo, corriendo hacia el Paseo de Cánovas. El Camine Llano arriba, se mueve la caravana... Al son de las panderetas, cantan las «campuzas», cantan

la cacereña canción de «El Redoble», encaramadas en los entoldados carros que, trepidandes, avanzan, regando de voces frescas, el oro de la mañana... Al sol de mayo, relucen gargantillas y arracadas...

Los mozos — chaquetas negras y pantalones de pana — van dando escolta a las mozas, al trote corto sus jacas.

—«¡Ay, quién pudiera marchar, como antaño, a Santa Olalla!», suspira en las Hermanitas de los Pobres una anciana, al oír risas y cantos de los romeros que pasan...

La carretera adelante, sigue el cortejo, y avanza, tras un descanso en las Minas, por *Corchuelas* y *Enjarada*, entre los verdes trigales, camino de Santa Olalla... Trinando los cascabeles, se acercan y se adelantan los coches de los señores, que hermosas mulas arrastran...

En el repecho del cerro reluce la ermita blanca, dando al temblor de la brisa el cristal de su campana, mientras se acerca el cortejo de coches, carros y jacas. Están llenas las veredas de una inquietud de alborada... La mocedad campesina de las aldeas cercanas — zahones de cuero fino, rojas o pajizas sayas — vierte en la paz de los campos voces y risas de plata.

Poco a poco, va llenándose de romeros la llanada...

Ante el altar de la ermita brotan fervientes plegarias... Entre el incienso, revuelan preces de misa cantada con gran liturgia solemne y con sermón de la Santa, la niña mártir, que un día vivió en esta misma casa, para ir a morir después en la Emérita Romana, lirio de Cristo, la nieve de su carne entre las llamas...

Cuando la Misa termina, triunfa la alegre algazara. En la campiña, la gente dice, ríe, come y danza. Los vendedores vocean: —«¡Turrones...Vino...Naranjas!»». En el atrio de la ermita, con bandurrias y guitarras, se forma animado baile. Un acordeón desgrana dulces notas en la huerta. Las viejas, charla que charla, van haciendo comentarios mientras los señores pasan;

—«Mira: don Paco Muñoz, el Conde de Santa Olalla». —«¿Cuál, abuela?», dice un niño. —«Aquél de tan buena planta; ése que con pocos pelos sabe cubrirse la calva. La Condesa es la de al lado, y las otras las hermanas: Carolina, la morena, y María, la más blanca». —«¿Y aquella señora?», inquiera una despierta rapaza.

—«La madre, doña Teresa Carrasco, ¡una gran dama! Los otros son los parientes, los que viven en la Plaza de Santa María. Todos son Muñozes, gente alta, de mucho lustre y posibles...»

Entre comentarios, pasan los señores, sonriendo y hablando a los que les hablan.

Los niños juegan al toro; las niñas, en rueda, cantan. Arrapiezos campesinos alternan con los de casta. Todo es sencillo y alegre, sin descaros ni distancias: juntos condes y gañanes —¡vieja y señoril usanza!—, en abrazo luminoso de pueblo y aristocracia.

Bajo el sol, que casi quema, como polícroma estampa, palpita la romería sobre la verde llanada. Triunfa mayo con sus flores; huele a tomillo y retama; murmura el regato limpio, al fondo de la barranca; junto a la fuente que sueña, jilgueros y alondras cantan...

El pueblo come en el campo: los señores, en la casa. Y las horas van corriendo entre canciones y danzas,

comentarios, risas, copas, alegría y algazara...

Cuando la tarde declina, la ruidosa caravana —panderetas en los carros, trote corto de las jacas, cascabeles en los coches— de nuevo se pone en marcha. Por las veredas se pierde la mocedad aldeana... Tras la Sierra de San Pedro el sol sus rosas apaga, mientras en la quieta paz de la carretera blanca queda flotando una estela de coplas y risas claras...

Al iniciarse el desfile por el Paseo de Cánovas, un muchacho grita: «¡Madre, ya vienen de Santa Olalla!» Cáceres, bajo luceros, vibra, entre olor de albahaca, cuando en la noche serena cruza sus calles y plazas el cortejo trepidante de coches, carros y jacas. La ciudad—prócer, pequeña, candorosa y provinciana— se conmueve estremecida, y por torres y murallas y palacios y casucas, como eco, que se agiganta, de centinela que espera, una voz en cada casa repite en la noche azul: ¡«¡Ya vienen de Santa Olalla!!»



ACCION GUADALUPENSE

Guadalupe, en el sentimiento de Unamuno

Podría hacerse una especie de psicología de España sin más que estudiar el origen y la vida de sus Santuarios.

En tiempos de los Austrias fué Guadalupe en la sierra de Cáceres, el Santuario Nacional; desde los Borbones lo es el Pilar de Zaragoza.

(MIGUEL DE UNAMUNO)

PARA los que tratamos de hacer la apología del símbolo más representativo de la Tierra Extremeña es interesante escudriñar la apreciación y el sentimiento de aquellos que aunque distantes de nuestro criterio y nuestro modo de ver en el juicio de la Vida, coinciden sin embargo en la estimación de determinados sucesos históricos y en la valoración que su simbolismo entraña.

Si es verdad que podría hacerse una especie de psicología de España sin más que estudiar el origen y la vida de sus Santuarios, indudablemente podremos levantar sobre el origen y vida del Santuario de Guadalupe la psicología hispánica de aquella época guadalupense. Epoca de crecimiento, de maduración progresiva hacia una cima de plenitud que se imbrica en el periodo de los Austrias, pero que en manera alguna está signado originariamente por una matización distinta y extraña a la genuinamente nacional consolidada en la Batalla del Salado y hecha arquitectura política en el feliz Reinado de los Reyes Católicos, los asiduos visitantes de Guadalupe y fervientes devotos de la Virgen Negra a cuyo Santuario hicieron prodigios obsequios.

La psicología hispánica de la época guadalupense es un estado de ánimo afirmativo, de conquista victoriosa en el camino de la restauración de la Unidad perdida en la invasión islámica, Psicología de genuina Hispanidad y de Imperio, es decir, de integración y proyección de nuestra personalidad nacional. El sentido de progresión española hasta la coronación de la plenitud imperial hispánica, es lo que matiza y da carácter a la época que hace de Guadalupe el Gran Santuario Nacional, Santuario de aquella íntima y permanente Alma Española que llegó a revelación y eflorescencia en el Siglo XVI, con aquellas cualidades que habrán de darnos a los Españoles significación y valor históricos universales en el mundo.

Dice Unamuno que si en algún espíritu individual se nos manifiesta y revela típica y representativamente el Alma Colectiva de un Pueblo, es sin duda en el de alguno de sus Santos, porque la Santidad que es lo más divino en el hombre, es también lo más humano en él; la santidad es el supremo triunfo de la humanidad en el espíritu humano. Así San Pedro de Alcántara, así Teresa de Jesús, así San Ignacio de Loyola.

Pero estamos en Extremadura, la tierra de las dehesas, de los vastos encinares, de las majadas y de los rodeos, la tierra bravía y